

UN FUNERAL

Ayer asistí al funeral por el alma de una antigua compañera. Esta mujer, que era pequeña de cuerpo, pero grande de espíritu, falleció hace unos días, después de haber cumplido muchos años. Había sido pionera en su trabajo; una de las primeras mujeres con doctorado que ocupó un cargo académico en la Facultad. Así mismo era esposa, madre, abuela, investigadora, escritora y docente.

Cumplió un amplio proyecto vital que la llevó hasta más allá de los noventa años. Siempre fue una persona muy cariñosa, contundente en sus opiniones y fuerte, pero dulce en el trato de amistad.

Recuerdo cuando hace treinta y un años nació mi segundo hijo y ella lo conoció a los pocos días de nacer. Inmediatamente le puso un nombre propio, 'el melenitas', porque efectivamente había nacido con muchísimo pelo y, como dicen las abuelas, ello era de prever, porque yo tuve muchos ataques de acidez estomacal en el embarazo.

Años después, cuando ya el muchacho estudiaba en la Facultad, ella aún me preguntaba por 'el melenitas'. Esas son las cosas, un poco absurdas, que uno recuerda muchas veces de personas a las que ha querido y con las que ha compartido muchos problemas y esperanzas.

Mientras estaba asistiendo a la misa funeral en la recoleta capilla de la Facultad (dicho sea de paso, un resto de otros tiempos, pero que sirve aún para este tipo de actos), miraba a mi alrededor y no había ni un solo rostro desconocido. Todos los que allí estábamos éramos 'de aquella época'. Más jóvenes que la difunta, pero todos pertenecíamos a aquella otra Universidad que se inició en los años cincuenta y sesenta del siglo pasado.

Pensé: ¿cuándo yo me muera, quiénes quedarán de todos estos que puedan recordarme y reunirse para un acto como el presente? ¿Tendrá sentido entonces, a través de determinadas personas, recordar una Universidad que ya habrá desaparecido del todo?

No había estudiantes, porque los asistentes, al menos algunos, habían sido discípulos de la difunta y, de los actuales alumnos, no había nadie que la hubiera conocido. Desventajas de llegar a muy viejo. Desventajas de pertenecer a un tiempo remoto para la mayoría. En un mundo que vive deprisa y abocado a un futuro que no llega, es difícil hacer memoria del pasado y que éste signifique algo para muchos, caso de que signifique algo para algunos.

Me preguntaba también ¿es mejor esto de pertenecer a un pasado que ya se ha extinguido y extinguirse con él, o morir cuando aún es nuestro tiempo, caso de que haya algún tiempo especial sobre el que tengamos algún derecho?

No es fácil hallar respuesta a estas cuestiones, porque en el fondo no sabemos qué nos ha de deparar la vida.

Aunque la vejez es fastidiosa y lleva aparejado este olvido y este no pertenecer al presente o no tener nada que ver con el futuro, - lo que no deja de ser una ficción- sin embargo, en este momento en que personas cercanas y queridas, en edades muy cortas, se enfrentan a la desaparición más o menos inminente, o en que personas también cercanas y queridas y aún muy jóvenes han perdido la vida, me pregunto: ¿no será mejor vivir muchos años, aunque nadie se acuerde ya de ti a tu muerte, y dejar una tarea más o menos completa tras de ti, que morir antes de tiempo sin completar lo que parecía tu tarea natural?

No lo sé. No depende de nuestra voluntad. Pero lo que sí parece claro es que nuestro tiempo, el de cada uno de nosotros, es un tiempo concreto. Da igual que

vivamos más o menos tiempo. Pertenece a una época, más bien comparada con la historia, a un instante. Somos y dejamos de ser.

Esto no sólo ocurre en razón de que nos muramos en un tiempo o en otro. Ocurre también cuando dejamos de pertenecer a un lugar. Cuando dejamos de tener relación con personas con las que manteníamos un cierto trato más o menos íntimo.

Aquellos lugares y personas, con suerte y si somos un poco sentimentales, se convierten en recuerdos a veces tan absurdos como una simple frase, un gesto o una circunstancia compartida. Lo demás desaparece. Incluso desaparecen las cosas desagradables, las discrepancias, los rencores, las rencillas. Todo ello se esfuma porque carecía de sentido y sólo conserva sentido una broma, una mirada o un gesto. Tampoco significan nada las viejas batallas ganadas o perdidas en compañía.

Atesorar en la memoria una copa de vino compartida, un chiste, un paisaje contemplado es lo único que merece la pena. Quizá sea esta la única forma posible de misericordia que podemos practicar con los que nos rodean y que los demás pueden practicar con nosotros. Quizá sea esa la única forma de amor que damos y se nos da. Quizá sea esa la única forma de perpetuar el recuerdo de alguien que se ha ido, sea porque cambió de lugar, sea porque hizo un cambio más definitivo a la otra vida.

Es posible que haya personas que sean más capaces de recordar la discrepancia, el rencor o la envidia. Yo, personalmente, prefiero recordar cosas como que alguien que se ha ido llamara a mi hijo 'el melenitas'. Esa es parte de la eternidad de esa persona que ya no está aquí y, posiblemente, sea también un anticipo de mi propia eternidad.